

## “La palabra gestual y corporal en el origen de la subjetividad”

En el artículo del mes pasado comenzamos a analizar el diagnóstico-pronóstico de Patricia. Al llegar al consultorio, los padres me entregan el informe el cual afirma: “Paciente de dos años, sexo femenino, con diagnóstico con trastornos del espectro autista (F84.9), (dificultades severas de la comunicación, no responde a su nombre, ausencia de señalamiento, hiperactividad, déficit atencional), asociado a retraso en la adquisición de las pautas motoras. Examen neurológico y EEG normal. Se solicita iniciar trámite de discapacidad, a fin de asegurarle las terapias de rehabilitación, que debe realizar a saber: psicomotricidad, fonoaudiología, musicoterapia y psicopedagogía.

Nos preguntamos, ¿Es posible desconocer la complejidad de la historia de Patricia compuesta por problemáticas afectivas, orgánicas, territoriales, familiares, sociales, ambientales, actitudinales?

Tras el diagnóstico de trastorno del espectro autista, una de las terapias que se indicó y comenzó a realizar Patricia, es la de fonoaudiología. Dentro de los objetivos que esta terapéutica se plantea desarrollar, están, textualmente, los siguientes: “Estimular de D.B.A (Dispositivos básicos de aprendizaje). Estimular lenguaje comprensivo y expresivo generando mayor intencionalidad comunicativa. Aplicar Técnicas de Estimulación Oro Facial (T.E.O.F) intra y extra oral para mejorar la sensibilidad y motricidad oral a fin de favorecer la deglución. Estimular los receptores profundos para lograr conciencia de esquema corporal. Propiciar un mejor patrón respiratorio y deglutorio”.

Nos dejamos de interrogarnos, en estas estimulaciones ¿Dónde está Patricia?

En la última sesión diagnóstica, Patricia toma unos marcadores y en el pizarrón comienza a realizar, con fuerza, rayas para arriba y para abajo. Como las descargas eran cada vez mayores, tomo su mano, me mira, nos miramos y acompaño el trazo con una melodía, que surge espontáneamente. Las rayas comienzan a acoplarse a cierto ritmo, compás, que imprimo cada vez que ella deja una raya.

Lentamente, tomo su mano y juntos, con el marcador y la melodía, que no dejo de cantar, hacemos un redondel. Intuitivamente exclamo: “Una carita...llena de...miel”, y a continuación, invento una canción que combina con los ojitos (“como sapitos”) y dibujamos la nariz que dice (“Plin, Plin”), luego viene la bo...suspendo el sonido y espero la respuesta, Patricia dice: “Aaa, Aaa” y configura la sonoridad, entonces, con un gran óvalo, hacemos el: “Cuerr...poo”...”y nos reímos de la o, que seguimos con la maa...nooo y terminamos con los pies, que están siempre al revés”. La sonoridad nos convoca y jugamos con las rayas, devenidas trazos de resonancia del “entredós” transferencial que construimos. La musicalidad acompaña la palabra, jugando con un decir, sin un sentido pre-establecido, pues enlaza la experiencia sensible, la unifica y otorga consistencia simbólica e imaginaria a la experiencia escénica.

Las rayas se tornan plásticas y junto con la melodía se pierde el movimiento sensoriomotor en sí mismo, para dar lugar al gesto, a la gestualidad y la resonancia de un decir en creación, en invención. No se trata, en este espacio, de interpretar o comprender “socialmente”, o “educativamente” esta experiencia. Las líneas trazadas se lanzan al placer azaroso de la musicalidad, la cual se da a escuchar, a producir y construir con otro. Se trata de un hacer que toca al cuerpo como imagen y espejo de identificación y pertenencia afectiva.

En este escenario, el afecto circula y afecta a través del trazo y la musicalidad mucho más allá de lo figurado en las rayas y lo oído del sonido. Justamente, es la sonoridad en tanto resonancia y plasticidad simbólica, la que abre nuevos sentidos, que con anterioridad, no se vislumbraban y quedaban en el movimiento continuo del rayar. Esas primeras rayas, no hablaban, ni jugaban, ni se relacionaban con otros. El goce sensoriomotor, se extendía en la propia movilidad de la mano, la cual se transformaba en una experiencia solitaria, que nos hablaba de Patricia congelada en el desasosiego de la impropia soledad.

Las rayas en si como descarga, lejos de potenciar otra experiencia, reproducen el mismo lugar de Patricia, una y otra vez. A diferencia de un gesto, que se repite pero yéndose, sin permanecer. Rayar, para ella, implica un solo acorde inmutable. Prisionera de esta reacción, queda ahí. ¿Cómo introducirnos en estas líneas para recrearlas en trazos que escuchen a otro?

Entre rayas y rayas, la conjunción de la musicalidad hace la síncopa del ritmo melódico, el silencio musical produce un destiempo en la temporalidad del puro rayar que no cesa de no demorarse, repitiéndose en la secuencia de un movimiento inerte que logramos romper para resonar en escena. La sonoridad, la musicalidad que acompaña en cada trazo, carece de un sentido en si mismo, aunque no deja de ser un lenguaje sin palabras. Se genera un doble espejo resonante, en el cual, uno habita al otro y el otro, habita a uno en una polifonía sonora, íntima, cómplice.

Como vemos, no es el sonido lo convocante, sino lo que en él se juega en la relación, en el deseo del don, que abre el paso al don de desear, composición afectiva, plástica, que afecta la experiencia, la torna sensible en el silencio, la espera invocante de la gestualidad. Si la musicalidad, invoca al otro, es porque en la ausencia del sonido, se comienza a inscribir la huella “musical” de una demanda. Recordemos, que un acontecimiento (a diferencia de cualquier experiencia) en la infancia, es imprevisible e inaprensible, requiere que se inscriba más allá del hecho fáctico o experimental. En este sentido, el cuerpo es receptáculo de la musicalidad que se crea en la escena y en el escenario con otro. Los efectos de dicho acontecimiento producen la plasticidad neuronal y simbólica, que provoca la metamorfosis y transformación de la experiencia, la cual, deviene otra, tanto cuantitativa, como cualitativamente.

De este modo, se origina la posibilidad de evocar aquello que todavía no ocurrió, pero puede advenir, para ello, tiene que realizarse, hacerse y el niño-en este caso, Patricia-constituye una demanda, que configura la vida del deseo e invoca a la musicalidad. Todo lo cual, hace que se pierda el rayar para comenzar a atrasar la trama de un decir polívoco e inconcluso, pero, por eso mismo, significativo.

El cuerpo es receptáculo, pero justamente por ello, resuena, caja de resonancia, pliegue (huella) y despliegue (nueva experiencia), llena de significancia por venir. Tal vez, sea esta la “fuerza”, la potencia que hace que un niño en la experiencia infantil, repita súbitamente el acto de crear por primera vez lo que para él es el nacimiento de lo nuevo, del origen gestual del dibujar, caminar, hablar, jugar, cantar, narrar, historizar, pensar e inventar lo imposible de prever antes de dicho acontecimiento, que ubica los pequeños infantes cada vez en otra posición con respecto a su cuerpo, al deseo, la demanda y a los otros semejantes a él.

Al terminar esta escena, culmina la sesión. Patricia comienza a pedir por su mamá, exclama: “¿Mamá?”... “¿Mamá?”... “¿Mamá?”... “¿Mamá?”. Escucho el tono interrogativo y cuando voy a responder, justo en ese instante, tocan el timbre los papás, les abro la puerta y entran al consultorio. Cuando Patricia los ve, grita: “¡Mamá!”... “¡Mamá!”... “¡Mamá!”... “¡Mamá!”, y corre a abrazarla. Se abrazan con mucho placer y alegría.

El papá, que mira la escena, se acerca y me comenta en vos baja: “Viste Esteban, dijo mamá de dos maneras diferentes. Al principio, cuando preguntaba y nosotros la escuchamos antes de entrar al consultorio y después festejó cuando nos vio”. El comentario del papá, me sorprende y asombra, quedo en silencio, pensando. Resuena en mi memoria el eco de ese decir...Intento captar en esas palabras paternas el movimiento virtual, gestual, musical, móvil, singular e íntimo de un “Mamá” que enuncia la demanda y el deseo de un sujeto, no de un espectro.

El “Mamá” de Patricia no tiene un único sentido, la prosodia, la tonalidad, la enunciación, marcan decires diferentes. La diferencia en los “Mamás”, abre la posibilidad y pluralidad de sentidos. Se genera un silencio, una discontinuidad necesaria para entretejer la trama de un decir afectivamente demandante y deseante. Si nos introducimos en este escenario, vemos claramente como el lenguaje sostiene el cuerpo y como desde el cuerpo, surge la gestualidad que otorga consistencia al lenguaje, dicho de otro modo, es un hacer que se dice o un decir que se hace en la resonancia con otro, que escucha y resuena también con ella.

El primer “¿Mamá?” que enuncia Patricia, discrepa de sí mismo y del otro “¡Mamá!”, que afirma la llegada y el abrazo. El “Mamá” está vivo, pero al mismo tiempo, cumple la función de dar vida. Se pone en acto, en escena, el doble espejo y lo que un hijo nombra (función del hijo) al nominar a los padres. Es ella, Patri, quien nombra, apela e invoca a la mamá, al hacerlo, la impulsa a su propia madre a dejar su posición y lugar de hija, que a su vez, la lleva, a Patricia, a alejarse y perder la etiqueta de “espectro autista”, supuesta por un manual diagnóstico (F84.9). Al nombrar a la mamá, se renombra como sujeto por la relación que sucede “entre ellas”. En este sentido, Patri, va más allá de sus padres y sin darse cuenta, comienza a inventarse e historizarse al nombrarlos a ellos en posición de papás.

El papá se aproxima, se acerca y me comenta lo que escuchó, escucha a su hija nombrar a su madre de manera diferente, dualidad que toma sentido de acuerdo a lo que pasa, se acude al llamado o continúa demandando. Ya no se trata de un pedido o una necesidad, sino de la dialéctica sin fin de la demanda y el deseo. Sin duda, Patri, en su función y funcionamiento de hija, hace red, funciona en eco, resuena en los dichos y escuchas de los tres en el orden de lo familiar.

Las palabras “Mamás” de Patricia tienen un ritmo, intensas, decantan, diferentes sentidos, tocan lo impronunciable de la demanda al otro, pero también revelan una falta, la presencia de una ausencia, la mamá que no está, aunque si la llama, llegará. La incertidumbre del primer mamá, ¿Es gestual?. Lo es, al abrirse al otro, ella, Patricia, atolondrada, transmite el vértigo de la espera... hasta que llega “¡Mamá!”. Ella confirma y resignifica la demanda y el deseo en don de amor. La madre abraza la palabra investida de cuerpo y la fuerza del cuerpo aprieta la palabra hasta ensamblarse y conjugarse en un abrazo, en la potencia de un acontecimiento. La palabra gestual soporta un movimiento invisible, donde asoma un sujeto deseante.

El filósofo Ludwig Wittgenstein, nos explicaba que: “El significado de una palabra, está en el uso”. Patricia usa la palabra, deviene gesto, este uso, orienta la postura, el cuerpo, hasta hacerlo existir en la amorosa demanda y cuando llega la mamá, la misma palabra, ya es otra, afirma otro sentido y crea la opción de otros. De esta manera, rompe lo unívoco de un significado, que fagocitaba a la palabra (Mamá). Desde ese instante, no se puede saber de antemano lo que significa, dependerá del tono, la prosodia, la musicalidad, en definitiva, de la gestualidad, o sea, del uso articulado a una secuencia, a una historia, que Patricia no deja de procurar y narrar, pero por ahora, necesita de otro que la ayude, la escuche y narre con ella, el propio decir, todavía no dicho.

El “Mamá” que enuncia Patri, implica alteridad, porque crea la diferencia en la identidad del enunciado. Ella empieza a “jugar” con las palabras, el juego implica usar las palabras, tornar la ficción y pone en escena la imagen del cuerpo, a través del uso del lenguaje, no como meras letras o palabras, sino como deseo de encuentro con otro. Patricia recurre a su mamá, pero porque ella demanda a Patricia, entre ellas se juega lo esencial de la relación filial, aquella que disipa el dolor y permite hacer uso de la palabra y de la imagen del cuerpo.

En la devolución a los papás, les aclaro que Patricia, su hija, no es una niña “espectro autista”. Ubico la dificultad en relación de poder hacer uso de la imagen corporal, a través de la experiencia significativa que se realiza con el Otro. Sin la imagen del cuerpo, no hay posibilidad de memoria entendida como recuerdo y olvido, resignificación y apropiación. Sin imagen del cuerpo, no hay plasticidad (neuronal y simbólica), ya que la misma implica poder jugar con el lenguaje, asociar, abstraer y reconocerse en ese hacer, para poder ubicarse y desdoblarse en el lugar del otro. A partir de allí, sugiero la idea de que, en vez de llevar a cabo cuatro terapias diferentes (fragmentadas en si mismas), realizar un solo tratamiento, donde se privilegie la resonancia afectiva que afecta la experiencia de Patricia, para dejar huellas, que ella pueda recuperar y resignificar, dando lugar a la plasticidad simbólica y neuronal necesaria para que una niña, Patricia, pueda constituirse como sujeto.

Podríamos pensar que Patricia, al gritar, preguntando y llamando a su mamá, en ese eco musical y gestual, crea una zona erógena, la boca, como aparato resonador, del sonido como voz, donde se articula el placer del encuentro con el Otro, en una red cuyo abrazo, anuda y entreteje el cuerpo a la imagen y a la erogenidad pulsional, donde ella, se re-conoce y por eso mismo, demanda y desea.

Andando estos senderos, Patricia podrá-como comienza a hacerlo-reflejarse en sus palabras y ellas, en su funcionamiento, anticipar y ficcionalizar otra escena. Patricia grita: “¿Mamá?”... “¿Mamá?” y pregunta por ella. Exclama: “¡Mamá!”...“¡Mamá!” y sale corriendo a abrazarla. Abrazadas, la escena conmueve y resuena...El padre, lentamente se acerca a mi oído y dice: “Viste lo que dijo... viste lo que dijo...”. Asombrado, no deja de mirar y escuchar...Sorprendido frente a la intensidad del acontecimiento, me lanzo a escribir estas líneas, letras, rayas, que ahora en la resonancia, tal vez en el devenir, sean trazos de esa sensibilidad que nos dona Patricia.

Esteban Levin  
www.lainfancia.net  
estebanlevin@lainfancia.net  
www.facebook.com/estebanlevin.lainfancia